

El padre severo persevera

RAMON CHAO

PARIS.—Están los cenáculos intelectuales de la capital francesa que borbotan en espera de quién va a quedar, cuál a marcharse, si éste se adherirá, o si el otro va a seguir replicando. ¿A quién? Al amo, al maestro, al demiurgo, al reverenciado e idolatrado y al fin impugnado Jacques Lacan, que acaba de disolver, para volverla a crear, su escuela freudiana de París.

No es la primera vez que Lacan hace esto: en 1964 provocaba una segunda escisión, ya en su propio grupo, después de haber abandonado en 1953 la muy venerable y caciquil sociedad psicoanalítica de París.

Mucho antes, en 1932, había dado que hablar con su tesis sobre la psicosis paranoica, que tanto interesó a Dalí, a Batallie y a Paul Eluard, que lo introdujeron en los círculos surrealistas; más tarde lo vemos en el "cuarteto estructuralista" con Althusser, Lévi-Strauss y Michael Foucault. Pero ya había quien dudaba que sus "acrobacias verbales" aportaran algo a la filosofía y al psicoanálisis.

El culto lacaniano empezó después del discurso del maestro en Roma donde pronunció el primer mandamiento de su doctrina: "El inconsciente está estructurado como un lenguaje".

Desde entonces, su seminario semanal en París atrajo a discípulos beatos, a damas de la gran burguesía, a curiosos y a snobs y desocupados, impresionados todos por el verbo impenetrable del profeta, tanto más enigmático cuanto que la mayoría de ellos necesitaba un manual descodificador de lo que oían, pues no tenía por qué significar necesariamente lo que creían, aunque comprendieran los fonemas que salían de la boca del maestro.

Además, Lacan utiliza un lenguaje que mezcla los términos más sabios con expresiones argóticas. Por ejemplo: "L'inconscient c'est pas du bonneteau, si la dialectique est macache". Dos claves: "Bonneteau" es el juego malabar que consiste en esconder el garbanzo debajo de una de las tres cáscaras; "macache" es una palabra argótica de origen árabe, que significa "no hay nada".

Con esta jerigonza se lanzó Lacan a salvar al psicoanálisis

francés de la "medicalización" que sufría, y de la mediocridad que se instalaba. También de la influencia de los norteamericanos, más preocupados por "readaptar" a sus pacientes a la sociedad que de restituir a los descubrimientos freudianos sus valores subversivos. Contra ellos, y contra todas las soluciones de facilidad propone Lacan el camino más arduo: volver a los textos de Freud, afrontando todos los escollos.

Según Lacan, lo que define al inconsciente es su carácter simbólico: no es el antro de los instintos, sino el lugar privilegiado de la palabra. Y repetimos el



Jacques Lacan acaba de disolver, para volverla a crear, su escuela freudiana de París. No es la primera vez que hace esto.

mandamiento: el inconsciente es un lenguaje y está estructurado como un lenguaje.

Explica que Freud demostró que "hay enfermedades que hablan", y nos reveló la verdad de lo que dicen: el inconsciente habla en los sueños, que son un jeroglífico; en las neurosis, cuyos símbolos son el significante de un significado inhibido en la conciencia, y en la locura, una palabra que ha renunciado a expre-

sarse. Así pues, Freud es, ante todo, un lingüista, y el esfuerzo de Lacan consistirá en comprenderlo a través de unas claves lingüísticas.

Descubrir en el lenguaje la verdad del inconsciente significa que esa verdad no ren una su puesta relación con la realidad interior, sino en un sistema de leyes semejante al que estudia la lingüística moderna. Lacan rechaza la idea de la persona autónoma, poseedora de la palabra. No es que "yo hablo", sino que "eso habla". La inhibición no es la inhibición de una cosa, sino de un discurso estructurado que funciona independientemente del sujeto: "pienso donde no soy; soy donde no pienso", es otra de las máximas.

Objeto de culto absoluto, Lacan es "el que dice la verdad", a quien hay que seguir ciegamente, so pena de excomunión. En sus propias filas empieza a percibir en 1964 deseos de independencia. Para cortarlos procede a otra escisión, fundando la escuela freudiana de París, con sus discípulos más seguros: Piera Aulagnier, Jean Clavreul, Serge Leclaire, François Perrier que se le irá en 1969 para crear el IV grupo. Los que no les siguen, especialmente Lagache y Pontalis, constituyen la asociación psicoanalítica de Francia.

Desde hace un par de años se había instalado abiertamente la contestación. Filósofos, lingüistas y psicoanalistas se elevan contra lo que consideraban "la impostura lacaniana". Cornelius Castoriadis se ilustró denunciando la "abyección lacaniana".

¿Qué le reprochaban? Que, como Jung o Adler, Lacan haya dado un estado decoroso (incluso para los filósofos con los que le gusta dialogar) a los descubrimientos freudianos. Con Lacan, dicen, de judío, materialista, ateo y maldito, el psicoanálisis se ha convertido en espiritualista, aséptico, tema esotérico de capillas de la Sorbona y, sobre todo, mortalmente aburrido.

¿Qué más? Que Lacan se colocó en el lugar de Freud para lanzarse a farfullar sobre el inconsciente; que el inconsciente de Lacan, estructurado como un lenguaje y respetuoso de las reglas gramaticales, ha desplazado al inconsciente freudiano, grosero e indecente, impúdico y susceptible de atentar contra la armonía establecida.

Le reprochan también su len-

guaje hermético, presuntuoso, sembrado de palabras clave, plagado de mayúsculas. Dicen, en fin, y no es todo, que a pesar de reclamarse de Freud, Lacan seguía con ciertas prácticas del psicoanálisis clásico francés. Especialmente, que para satisfacer su gusto por lo teatral, no vacilaba en presentar enfermos mentales ante el auditorio estupefacto; una práctica incompatible con el ejercicio del psicoanálisis.

¿Otros motivos? La senectud del maestro. Su palabra había dejado de ser verdad, porque ya no hablaba. Todos recuerdan los penosos momentos del seminario de 1979, cuando los asistentes trataban de recomponer frases suyas, sobrándoles la mitad de los dedos de una mano para contarlas, y sus más feroces enemigos hacían circular los rumores de que el maestro sufría chochez senil. Otros no han podido soportar la idea de que, ante el inevitable momento de la sucesión, todo parece estar atado y bien atado, en manos de J. A. Miller.

Ha habido también una explosión ideológica, que trata de imponer el lacanismo en todas las salidas de la moda, desde la desviación religiosa (Françoise Dolto) a la del manifiesto comunista (Elisabeth Rudinesco), pasando por los antiedipianos Deleuze y Guattari, de modo que el mismísimo Freud se las vería y desearía para reconocer a los suyos.

Esta es la ingente tarea que se ha impuesto a los ochenta años el padre severo que "pere-severa", como escribe, en juego de palabras, en su carta de disolución del grupo: "No tengo necesidad de todos, y algunos no tienen necesidad de mí".

Cada uno de los 1.200 miembros y corresponsales de la escuela freudiana tendrá que volver a hacer acto de candidatura. Circulan los bulos, los rumores de nombres que serán rechazados por el demiurgo: Leclaire, por hallarse enzarzado en la teoría del "transfert" materno, o Michele Montrelay, por preocuparse en demasía "del cuerpo que sufre", en lugar de secundar al maestro en sus investigaciones teóricas; Françoise Dolto, etcétera.

Seguirán todos los que "en este enero 1980 quieran seguir con Lacan", según dice. Pero muchos temen que esta sea la última disolución de Lacan, y que la adhesión al maestro signifique un juramento de obediencia a J. A. Miller. ■